



## HISTORIA DE AMANDA Y SU HIJO TACHO: UN DÍA LO VOY A ENCONTRAR, PARA DIOS NO HAY IMPOSIBLES

**M**i nombre es Amanda Osuna Bobadilla y busco a mi hijo Ignacio Nefthalí Álvarez Osuna, quien desapareció el 26 de marzo de 2016 aquí en Los Mochis, Sinaloa. Desde entonces mi vida entera ha estado dedicada a buscarlo; en este camino me encontré con otras madres del grupo Las Rastreadoras de El Fuerte, trabajando juntas hemos podido encontrar a los hijos de otras, pero aún no he tenido la suerte de encontrar a mi Tacho.

Soy una mujer sencilla; antes de la desaparición de mi hijo me dedicaba exclusivamente a mi familia y a mi trabajo, limpiando casas. Pero la desaparición de mi hijo me ha cambiado la vida por completo, ahora he aprendido que no es el único que nos falta, que somos muchas las que estamos en la misma situación y los buscamos a todos.

Esta desgracia ha sido lo más difícil que me ha tocado vivir, pero mi vida en general no ha sido fácil; desde niña he tenido que enfrentar muchos problemas: tristezas, hambre, violencia, pero he podido superar todas estas pruebas, siempre con la ayuda de Dios.

Desde que nací me tocó hacerme grande antes de tiempo porque tuve que apoyar a mi madre a sacar adelante a mis hermanitos, ya que mi padre fue muy violento, mujeriego y nos apoyó muy poco. Soy la segunda de una familia de siete, dos mujeres y cinco hombres; nací el 27 de octubre de 1966 en un rancho que se llama Rincón Agua Caliente, en el municipio de Choix, estado de Sinaloa. Mis papás eran jornaleros y no tenían tierra, así que mi papá iba de campo en campo siguiendo el trabajo. Al principio mi hermana mayor y yo nos quedamos con nuestros

abuelos para terminar la primaria, pero luego nos fuimos todos a vivir al Ejido Ruiz Cortines, en el municipio de Guasave.

Éramos muy pobres, vivíamos en unas chocitas de lámina negra de cartón que mi papá armaba cerca del campo. No teníamos ni puertas ni ventanas, durante el día los catres servían de puerta. No había luz eléctrica y nos iluminábamos con lámparas de diésel, de esas que les llaman cachimbas. Mi papá tenía otra mujer y muchas noches no llegaba a dormir, entonces teníamos mucho miedo porque nos quedábamos solos en medio del campo. Por andar de mujeriego no le daba a mi mamá suficiente para mantenernos a todos, por lo que tuvo que empezar a trabajar dándole de comer a los jornaleros; entre mi hermanita y yo la ayudábamos a preparar la comida todos los días. La escuela nos quedaba muy lejos, en un lugar que se llama Campo Estrada, en Paredones. Teníamos que caminar cinco kilómetros todos los días para poder ir a la primaria. Mi papá no quería que terminara la primaria porque decía que las mujeres no debemos de estudiar, porque es pérdida de tiempo, pues nos vamos a casar y no se necesita estudio para eso. Yo le lloré, pataleé y al final convencí a mi mamá de que me apoyara para terminar la primaria. Entonces ella llegó a un acuerdo con mi papá: como yo era la más grande, era importante que fuera a la escuela para que llevara a mis hermanos chiquitos. Entonces eran otros dos los que ya iban a la escuela; después entró otro, y así. Así pude terminar la primaria, caminando cinco kilómetros por la orilla de la caña para llegar a la escuela, pura caña de un lado y pura caña del otro lado, pasábamos muchos miedos en el camino.

Finalmente, al terminar la primaria, a los 12 años, tuve que dejar la escuela y me dediqué a ayudarle a mi mamá con su puesto de comida. La verdad es que me tocó vivir una niñez muy difícil, mi papá tomaba mucho y le pegaba a mi mamá; cuando era chiquita no me daba cuenta de nada, pero conforme crecíamos tomamos conciencia de todo lo que pasaba y tuvimos que defender varias veces a mi mamá de la violencia de mi padre. Una vez, estando borracho, provocó un accidente en el que quemó a uno de mis hermanitos pequeños que tenía entonces 9 años, fue un gran susto en el que casi se quema toda la casa de lámina

de cartón en la que vivíamos. Mi hermano estuvo en coma varios días y mi mamá tuvo que pasar más de un mes cuidándolo en el Seguro Social. Durante ese tiempo en el que ella no estuvo con nosotros, mi papá se pasaba todas las noches con una amante que tenía, una plebe que podría ser su hija. Nosotros nos quedábamos solos en el campo y pasábamos mucho miedo; a veces nos poníamos el mosquitero y dormíamos todos juntos en la parte de atrás de la camioneta.

Mi hermanito finalmente se alivió, aunque lleva las huellas de ese accidente en su cuerpo. Cuando mi madre regresó a casa con mi hermanito, mi papá estaba con la otra mujer en la bodega que teníamos a un lado de la casa. Cuando ella los descubrió, él estalló en ira y la agredió, le tomó un brazo y se lo torció para atrás, casi se lo rompe. Mis hermanitos y yo tuvimos que intervenir para quitársela. Durante semanas tuvo ese brazo lastimado, no podía cocinar ni lavar ni comer por sí sola. También a nosotros nos tocó que nos pegara con cadenas y garrotes si llegábamos a verlo con su amante. Fue entonces que nosotros le propusimos que se separara, que no era vida lo que estábamos viviendo.

Mi madre finalmente se decidió y nos fuimos a una casita muy humilde, también de lámina de cartón, que teníamos en la colonia Ruiz Cortines. Mi papá se quedó en el campo con la otra mujer, y de vez en cuando iba a vernos y dejarnos dinero, pero poco a poco dejó de visitarnos. Nos tocó entonces a mí y a mi hermana meternos de jornaleras para ayudar a mi mamá; trabajábamos en el campo por el salario mínimo. Fueron días difíciles, pasábamos hambre. Recuerdo una vez que mi hermanito de tres años estaba hecho bolita en una esquina de la casa y se agarraba la pancita, cuando le pregunté qué tenía me dijo que mucha hambre. A mí me dio mucha tristeza porque mi mamá le daba de comer a los trabajadores pero a veces se le olvidaba guardar comida para mí y mi hermanito.

Mi mamá nunca se divorció de mi papá, pero se separaron y él hizo su vida con la otra mujer con la que tuvo dos hijos. Mi mamá nunca quiso volverse a juntar con nadie. “No quiero que ningún hombre me mande”, nos decía.

A los 15 años conocí a mi marido, Ignacio Álvarez Saucedo. Los dos éramos del mismo rancho, y desde que éramos niños él venía a re-

partir el pan que hacía su abuela. Mis hermanos gritaban: “Ya viene el panadero”, y a mí me daba mucha pena, porque era muy ranchera; éramos plebes y nos escondíamos cuando llegaban los niños. Él fue hijo de madre soltera y creció con sus abuelos, así que también le hizo falta mucho cariño. La casualidad quiso que nos encontráramos otra vez en la colonia Ruiz Cortines. Al principio mi mamá no lo quería porque decía que en el Rancho Rincón Agua Caliente todos éramos parientes, y que no podía juntarme con un primo. Nuestros abuelos eran primos, pero el parentesco era muy lejano y a nosotros no nos importó.

En contra de la voluntad de mi madre nos juntamos en 1982 y nos fuimos a vivir con los abuelos de Nacho, porque éramos unos plebes y no teníamos nada. Al principio fue muy difícil porque su abuela no me quería; cuando mi esposo no estaba, me decía que mejor me buscara un marido que tuviera dinero, que su nieto no tenía nada que darme. Yo le explicaba que no quería dinero, sólo lo quería a él. Lloraba mucho por las cosas que me decía la abuela, y luego ella me decía que no me quería porque era una chillona. Soñaba con tener mi propia casita, así que empecé a comprar trastes con el dinero que ganábamos con Nacho e iba poniendo todo en una cajita debajo de la cama, con la esperanza de que llegara el día en que nos pudiéramos independizar y ya tuviéramos nuestras cositas para la casa. Pero cuando ese día llegó, la abuela me quitó una de las cajas y no quise pelear con ella, yo respetaba a mis mayores, sólo le dije: “Que le aproveche”.

El 19 de septiembre de 1983 tuvimos a nuestro primer hijo, Ignacio Neftalí, a quien siempre le hemos dicho Tacho para diferenciarlo de su papá, a quien le decimos Nacho. Mi Tacho nació en el Seguro Social, porque en aquel entonces los jornaleros teníamos seguro. Pero fue muy duro porque nació con un problema en las vías respiratorias que no lo dejaba respirar. Pasamos quince días en el hospital y Nacho andaba trabajando, o eso me dijo, así que me tocó enfrentar todo esto sola. A veces pienso que a mi Tacho, desde que nació, le tocó enfrentar problemas, vino a este mundo a sufrir mucho.

Al año siguiente llegó mi segunda hija, Jazmín Guadalupe; después Jesús Adriana, y en 1993 nos llegó la chiquita, María Guadalupe. Para



sacar adelante a la familia seguíamos trabajando en el campo y Nacho también le entró al trabajo de la albañilería, aprendió de todo: plomería, electricidad, instalación de vitropisos. Yo empecé a trabajar limpiando casas, y por ocho años trabajé con un dentista; su esposa era abogada y trabajaba en el Ayuntamiento. Al principio me trataban muy bien y me decían que yo era parte de la familia. Hasta me invitaban a comer con ellos en la mesa, y al principio para mí era muy difícil comer con ellos, pero me fui acostumbrando y quería mucho a sus hijos. Pero cuando dicen “eres como de la familia” son sólo palabras, en el fondo siempre somos sus empleados y si no les servimos no dudan en echarnos a la calle. Eso lo supe años después, cuando tuve una emergencia con un embarazo de mi hija y me dieron la espalda.

Pero todos esos esfuerzos los hacíamos pensando en que nuestros hijos pudieran estudiar y lograr lo que nosotros no pudimos. Sin embargo, a ellos no les gustó la escuela. Tacho, el mayor, hizo hasta primero de secundaria y luego ya no quiso seguir. Primero lo internamos en la Normal del Topo, para que fuera maestro, pero a él se le hizo muy dura la disciplina y al primer año se salió. Me decía que los obligaban a comer con cubiertos y a él le gustaba comer con tortilla, como lo hacemos en la casa, y que la comida no le sabía. Así que se nos regresó y desde los trece años se puso a trabajar como albañil con su papá.

Por aquel entonces vivíamos en una casita que nos prestaba mi cuñado, pero unos malandros se metieron un día y nos robaron todo lo que pudieron, y lo que no, lo destruyeron. Fue muy triste porque hasta los colchones los hicieron pedazos, yo creo que estaban drogados, porque no tenía caso destruir tanto. Cuando nos pasó eso tuvimos que irnos a vivir por ocho meses a casa de mi suegra y fue súper difícil para mí. Su familia nunca me ha querido y me hacían sentir como arrimada, así que a veces no salía de mi cuarto y comía latas de atún con mis niños. Así que convencí a Nacho de que compráramos un solar en la colonia Santa Alicia, que en aquel entonces no salía caro porque no tenía luz ni transporte público. Poco a poco fuimos arreglando esta casita, que es donde vivimos hasta ahora.

Mi Tacho era muy trabajador y aprendió con su papá de electricidad, plomería, vitropisos, así que era su mano derecha. Pero cuando tenía 15 años se enamoró de una niña de 14, que se llama Fátima, amiga de su hermanita. Un día se pusieron de acuerdo y se fugaron, se fueron a refugiar a casa de su abuela. Yo fui a hablar con los papás de la niña y estuvimos de acuerdo que estaban muy plebes para juntarse, así que los buscamos y los convencimos de que cada uno se regresara a su casa. Pero fue en balde, ellos ya estaban decididos a vivir juntos y al primer descuido se volvieron a juntar. Entonces me los traje a vivir con nosotros, con la idea de que la niña siguiera estudiando. Sin embargo, pronto se embarazó y me dio a mi primer nieto, al que le pusimos Jesús Ignacio, que es la alegría de nuestras vidas.

Tacho, al igual que su papá, tuvo que hacerse hombre a los 15 años y hacerse cargo de su familia. Como la albañilería apenas le daba, decidió irse de mojado a los Estados Unidos con su papá para trabajar y juntar dinero. Ese año me quedé con Fátima y mi nieto, pero ella era una plebe, le costaba hacerse responsable, quería vivir su juventud, así que estaba siempre rodeada de sus amigos y se venían aquí a la casa, era como si tuviera otra hija. Pero cuando Tacho regresó del norte, no le gustó su modo y empezaron a tener problemas, hasta que un día la muchacha agarró a su hijo y se fue. Esto fue muy duro para mi hijo; se deprimió y no quería hacer nada, porque la quería mucho y también a su niño. Yo intenté llevármelo a mi Iglesia, que se llama AGAPE, que quiere decir amor incondicional. Es una Iglesia bautista en la que participo desde 1999 y que ha sido mi consuelo y mi fortaleza en los tiempos difíciles. Él fue conmigo un tiempo, pero luego ya no quiso ir y empezó a meterse en los vicios. Creo que el abandono de esta jovencita fue el inicio de su caída, poco a poco lo fui perdiendo y ya no hubo manera de recuperarlo.

Para entonces mi otra hija, Jazmín Guadalupe, se había embarazado y le habían avisado que sería cesárea, la programaron para el 23 de diciembre. Para mí era muy importante acompañarla, así que hablé con mis patronas con anticipación para que me dejaran salir temprano el 23 y poder ir con ella al hospital. Ese era un día de mucho trabajo

porque tenía que dejar preparada la cena de Navidad, así que llegué muy temprano y me apuré a dejar todo listo. Los jóvenes habían llegado de vacaciones, así que tuve que echar varias lavadoras y también lavar ropa a mano. Cuando ya iba a ser la una le dije a la señora: “Ya me voy, déjeme puesta la última lavadora, nomás que ya no alcanzo a tenderla”. “¿Cómo que te vas? Todavía no es hora”, me dijo ella, muy enojada. Ya le había lavado las ventanas, los pisos, la ropa, había hecho la comida, la casa estaba súper limpia. “Yo ya había hablado con ustedes, me dieron permiso, si hubiera sabido mejor no vengo”, le respondí. Entonces se puso enfrente de la puerta y me dijo “No, no te puedes ir”. “Mire, ¿sabe qué? Primero es la salud de mi hija y luego mi trabajo. ¿Cómo la ve?”, le dije yo. Me dio mucho sentimiento porque ellos me habían dicho muchas veces que eran “como mi familia”, pero sólo eran palabras. Cuando la patrona se dio cuenta de que estaba decidida a irme, me amenazó con llamar al periódico *El Debate* y acusarme de robo, y me dijo que se encargaría de que ni yo ni mi familia consiguiéramos trabajo. Este fue el pago que me dieron después de ocho años de cuidar a sus hijos y limpiar su casa. Me fui llorando al hospital, no podía creer que fueran tan ingratos. Como yo fui la que renuncié, no querían pagarme la indemnización ni nada, pero no me dejé, así que terminé poniendo una denuncia en la Procuraduría de la Defensa del Trabajo y tuvieron que pagarme.

Conseguí otro trabajo limpiando casas y Nacho siguió con la albañilería, pero Tacho se empezó a juntar con malas amistades y comenzó primero a consumir marihuana y luego cristal, que fue lo que acabó con su salud. Por esas fechas su papá había pensado llevárselo a Los Cabos, en Baja California Sur, a trabajar, pero yo veía que mi hijo no estaba bien, había que hacer algo urgentemente. Mi hijo era muy tranquilo, aunque se drogaba nunca me faltó al respeto ni se puso violento. Pero cuando decidí que lo internaran fue porque se puso muy mal, creo que fue una droga nueva que salió que los enloquecía. Recuerdo que ese día no fue a trabajar, amaneció bien deprimido. El caso es que llegó un plebe y le habló, él salió y algo le dio, no supe qué era, pero fue la droga que lo enloqueció. Al ratito se puso agresivo, pero no conmigo, sino que quebró un espejo grande que tenía, y andaba así como loco.



Lloré y lloré, pidiéndole a Dios que lo controlara. Fue en ese momento que decidí que teníamos que internarlo si queríamos que realmente estuviera bien.

Traté de convencerlo de que se internara en un centro de adicciones, pero no aceptó. Entonces su papá me propuso: “dejemos que lo levante la patrulla, y ya estando en barandilla no tendrá de otra que aceptar ir a rehabilitación”. En esos tiempos aún no sabíamos que eran los mismos policías los que se llevaban a muchos de los jóvenes desaparecidos, si no hubiéramos pensado en otra manera de meterlo al centro. Pero por esa vez nos funcionó, lo mandé a las tortillas y como iba drogado una patrulla lo paró y se lo llevó a barandilla. Allí fuimos por él, estaba desesperado por salir; nos dijo: “llévenme de aquí, no saben todas las cosas que pasan aquí adentro”. Los golpeaban mucho, supuestamente para sacarles información de quién vendía la droga, pero aquí en estos barrios la droga se vende como si fuera pan, y los policías bien que saben quién la vende, no tienen que torturar para saberlo.

Después de esta experiencia aceptó que lo internáramos, y un licenciado ahí mismo en barandilla nos recomendó un centro en la calle de Leyva. Lo internamos ahí y tuvimos que pagar bastante, pero valió la pena porque después de ocho meses regresó a casa limpio. Estuvo como un año bien, se fue a La Paz a trabajar con su papá y estuvo sin drogarse todo ese tiempo. Pero para su mala suerte se enamoró de una muchacha que se llama Tania, que también tiene adicciones y que me lo jaló hacia las drogas de nuevo. Yo hablaba con él y trataba de hacerlo entrar en razón, le decía: “Estás enamorado de ella, pero no te conviene, porque tú te quieres recuperar y con ella te vas a empeorar”.

Tania es muy bonita, pero era una adicta y a esas alturas lo único que le importaba eran las drogas. Un tiempo se fueron a vivir juntos a un cuartucho, que estaba cerca de donde están los “tiradores”<sup>24</sup> que venden la droga. Pero estaban perdidos, él iba a trabajar para juntar dinero para la droga; pero eso sí, ni en los peores tiempos dejó de darle dinero a su hijo, era muy responsable.

---

<sup>24</sup> Localismo para referirse a los narcomenudistas [N. de las E.].

Un día los ministeriales les cayeron en su casa y fue terrible: los torturaron a los dos, les pusieron bolsas en la cabeza para asfixiarlos y los golpearon, supuestamente para que delataran a quien les vendía las drogas, pero ellos no dijeron nada, porque si delataban los mataban. Estos interrogatorios con tortura son absurdos, ellos saben quién vende y quién no vende droga, y mi hijo sólo consumía, nunca vendió nada.

Cuando pasó este incidente decidí traérmelos a los dos a vivir a la casa, así los podía cuidar y no dejar que los lastimaran de nuevo. Todas las mañanas él se iba a trabajar y ella se quedaba acostada todo el día, no me ayudaba en la casa ni nada. Hasta el desayuno le servía en la cama, con tal de no perderla. Al medio día ella se arreglaba y se iba, disque con su mamá, pero yo creo que se iba a conseguir droga. Nunca perdí la esperanza de que dejaran el vicio; hablaba con ella de manera cariñosa, que entendiera que podían hacer una buena vida juntos si dejaban las drogas. A él también siempre lo traté con mucho amor, cuando estaba drogado y se salía, iba y me lo traía a la casa y le hacía comida. Un día me dijo: “Ya no quiero que me busques, me dan carrilla<sup>25</sup> los plebes”. Yo le respondí: “Pues diles a los plebes que yo te quiero mucho a ti, y eso nunca me lo van a quitar, por eso te cuido”, le dije, y él abrazado de mí. Y venía la niña conmigo, mi nietecita Camila: “te queremos mucho tío”, le decía ella. Le dije: “Mira, a esos muchachos, que no los buscan los papás, los familiares, les falta amor. Tú tienes amor, hijo. Tienes mucho amor de nosotros”. “Ya lo sé”, me respondió. Ese consuelo me queda a mí, que siempre supo que era un hijo muy querido y que nunca lo dejamos.

Sé que para Dios no hay imposibles, así que empecé a llevarme a la joven a mi Iglesia y los dos empezaron a participar en un programa que hay que se llama “Celebrando juntos la recuperación”. Estuvieron yendo un tiempo, pero luego ya no quisieron regresar. Fue entonces cuando, con un tío de ella, que también pertenece a mi Iglesia, les propusimos internarlos a los dos. Mi hijo aceptó primero, él se quería curar, pero ella tenía muchas resistencias, creo que estaba tan colgada de las drogas que le daba miedo que se las quitaran de tajo. Pero después de una larga charla aceptaron, sólo que ella pidió que le dieran un día para

<sup>25</sup> Molestar o bromear [N. de las E.].

despedirse de su mamá. Se fue de la casa y nunca regresó, luego supimos que se había ido a vivir con un “tirador” que le daba las drogas que necesitaba.

Sin ella mi hijo no aceptó internarse y empezó a ir a buscarla casi a diario, estaba desesperado. Creo que fue por esto que me lo desaparecieron, se cansaron de su terquedad reclamando a la Tania.

Fue un 26 de marzo de 2016. Él iba a poner un vitropiso, pero lo convencí de que le pasara el trabajo a su papá y se internara unos meses. Finalmente aceptó y me dijo que iría a avisarle a la señora del trabajo que su papá se encargaría. Fue la última vez que lo vi, ya nunca regresó. Pensé que se había ido a buscar otra vez a la Tania, así que al principio no me alarmé, pero insistí toda la tarde en su celular. Cuando no llegó a dormir entonces sí me entró la angustia, porque lo más tarde que llegaba era a las once de la noche. Al día siguiente en la mañana me fui al hospital porque tenía una cita, pero cuando regresé me encontré a la Tania hablando con mi marido, todo era muy sospechoso. Habían mandado a mi nieto a comprar una Coca y unas galletas para que no escuchara. “Siéntate aquí”, me dijo Nacho. “Tania nos trae una triste noticia”. Ya en ese momento, antes de que dijera nada, supe que mi hijo estaba en peligro. Así empezó el martirio para nosotros. Nos dijo que unos sicarios “lo habían levantado”. Entonces le dije: “Pero ¿cómo lo levantaron? ¿Quiénes?”. Se me cerró el mundo, ¿qué hacer? Mi esposo se quedó mudo, sin poder hablar. “¿Pero los conoces, Tania? ¿Quiénes son?”, pregunté. “No le puedo decir”, me respondió... Señal de que sí los conocía.

Preguntando me enteré que lo habían agarrado con otro muchacho al que habían soltado, después de golpearlo mucho. Así que decidí que buscaría a ese joven, que podría tener información sobre mi hijo. Hicimos volantes y los pusimos por todas las calles, nos dedicamos por completo a buscarlo, pero alguien quitaba los volantes que poníamos y luego nos amenazaron a través de Tania. Ella vino a la casa y nos dijo que dejaríamos de buscarlo, que lo tenían en una casa de seguridad y que si seguíamos buscándolo le harían daño. Siguiendo pistas me enteré dónde vivía la novia del joven al que habían soltado y fuimos a su casa a buscarlo.

Ese mismo día tuvimos un gran susto, un plebe de unos 18 años, drogado, llegó a la casa en una bicicleta y me dijo: “Al Tacho ya lo mataron doña, lo agarraron junto con mi primo, les dieron unos tablazos, a mi primo lo liberaron, pero al Tacho no lo liberaron, lo mataron, le pusieron una pistola en la boca y le dispararon”. Se metió a la casa mientras me decía esto; estaba desesperado, me dijo que a él también lo iban a matar, que por eso se había decidido a decirnos lo que había pasado. Así, desesperado, sacó una pistola que traía en la bolsa, yo me asusté mucho y le pedí a mi hija que se llevara a los niños, mientras trataba de calmarlo. Luego sacó una punta, como un picahielos. Sentí que las piernas se me doblaban, pero le seguía hablando para que se calmara. Mi hija avisó a la gente de mi Iglesia y llegaron varias de mis compañeras, entonces el plebe ya no pudo hacer nada y se fue. Di gracias a Dios de que Nacho no estuviera en la casa, porque tal vez hubiera habido una desgracia si él hubiera enfrentado al muchacho. A este plebe lo encontramos después como indigente, así que no lo mataron; mi cuñado trató de interrogarlo pero él no se acordaba de nada o no quiso hablar, el caso es que no pudimos sacarle ninguna información.

Lo mismo pasó con su primo, al que finalmente encontramos. Estaba todo golpeado; fuimos mi cuñada y yo a su casa, con miedo de que nos fueran a hacer algo. El joven se portó amable, pero estaba asustado y no quiso decirnos nada. “Si yo supiera dónde está su hijo, doña, yo le dijera”, y de ahí no lo saqué. Sé que él tiene información, pero no hay manera de que nos diga nada, me lo he encontrado varias veces y nos saca la vuelta.

Fui a poner la denuncia a la Fiscalía con el licenciado Arellano, pero ellos sólo archivan las denuncias, nunca buscan nada, es sólo pérdida de tiempo. Sé que si no lo buscamos nosotros nadie lo va a buscar. No perdemos la esperanza, seguimos buscándolo y algún día lo traeremos de regreso a casa.

TEJEDORAS DE SORORIDAD.  
PARA LAS MUJERES QUE VIVEN PÉRDIDAS Y AUSENCIAS

*Me sumerjo en el dolor de un  
diálogo que atraviesa muros,  
perfora la distancia para instalarse  
muy cerca del núcleo  
que nos hermana instintivamente.*

*Entonamos cantos  
para arropar a la otra,  
aun a la intemperie  
desprotegidas nos protegemos.*

*En el reino de la desesperación  
invocamos el consuelo, el alivio,  
nombramos lo que no se ve, pero se sabe.  
Sólo una mujer que ha enhebrado el infierno  
sabe cómo guiar a otras para renacer.*

ELENA DE HOYOS